

Las periferias en disputa. Procesos de poblamiento urbano popular en Medellín*

Andrea Lissett Pérez Fonseca (Colombia)**

Resumen

Desde inicios del siglo xx Medellín se convirtió en eje de desarrollo industrial, albergando a miles de migrantes. La ciudad se forjó a través de procesos poblacionales informales, motivados por la atracción hacia el llamado *progreso* y nuevas fuentes de trabajo. En la década de 1940 se agudizó el conflicto armado en el campo, generando destierros y un acelerado crecimiento urbano: las ciudades se volvieron lugares de refugio. A partir de entonces Medellín no ha cesado de crecer bajo la lógica de guerra-migración-colonización urbana. Con base en las memorias de pobladores de cinco barrios de las periferias de Medellín se hace un breve recorrido por el proceso de urbanización, enfocando las dinámicas de poblamiento popular reciente, periodo 1970-2012. Se constató lo siguiente: a) la urbanización de las periferias fue resultado de la resistencia y organización popular; b) se generaron nuevas identidades socioespaciales; c) surgieron nuevas tensiones y disputas; d) las periferias se valorizaron volviéndose objeto de interés económico y los sectores populares son despojados de los territorios que urbanizaron.

[148]

Palabras clave

Poblamiento Urbano; Migración Interna; Conflicto Armado; Periferia; Colonización Popular; Medellín.

Fecha de recepción: agosto de 2017 • **Fecha de aprobación:** diciembre de 2017

Cómo citar este artículo

Pérez Fonseca, Andrea Lissett. (2018). Las periferias en disputa. Procesos de poblamiento urbano popular en Medellín. *Estudios Políticos* (Universidad de Antioquia), 53, pp. 148-170. <http://doi.org/10.17533/udea.espo.n53a07>

* Este artículo hace parte de los resultados del proceso de investigación *Tejiendo los hilos de la memoria: historia contemporánea de Medellín desde los pobladores de la periferia*, Universidad de Antioquia, 2011.

** Antropóloga. Magíster, doctora y posdoctorada en Antropología Social. Grupos de investigación Redes y Actores Sociales (RAS) y Religión Cultura y Sociedad (RCS), Facultad de Ciencias Sociales y Humanas, Universidad de Antioquia UdeA. Calle 70 No. 52-21, Medellín, Colombia. Correo electrónico: lissett.perez@udea.edu.co

Peripheries in Dispute. Processes of Popular Urban Settlement in Medellín

Abstract

Ever since the beginning of the twentieth century, Medellín became an axis of industrial development, housing thousands of migrants. The city was forged through informal population processes, motivated by the attraction towards the so-called progress and new sources of employment. In the 1940's, the armed conflict in the countryside intensified, generating exile and an accelerated urban growth: cities became places of refuge. Since then Medellín has been growing under the logic of war-migration-urban colonization. A brief walkthrough of the urbanization process is made based on the reports of residents from five neighborhoods in the peripheries of Medellín, focusing on the dynamics of recent popular settlement, period 1970-2012. The following was confirmed: a) the urbanization of the peripheries was the result of resistance and popular organization, b) new socio-spatial identities were generated, c) new tensions and disputes arose, d) the peripheries were valued becoming the object of economic interest and the popular sectors are stripped of the territories they urbanized.

Keywords

Urban Settlement; Internal Migration; Armed Conflict; Periphery; Popular Settlements; Medellín.

[149]

Introducción

Este artículo reflexiona sobre los procesos de poblamiento reciente de las periferias populares de la ciudad de Medellín. Es una temática relevante en el contexto local y latinoamericano, pues gran parte de las ciudades de esta macrorregión han crecido de manera abrupta y desproporcionada debido a la migración masiva de población rural y pueblerina en busca de mejores oportunidades de vida. Aunque esta dinámica de urbanización sigue vigente, hay casos en que adquiere especial magnitud, como sucede en Medellín, cuyas olas de poblamiento aumentaron notoriamente durante las últimas décadas debido al conflicto armado de larga duración que se vive en Colombia y que afecta más visiblemente a ciertos lugares donde se concentra la presencia de actores armados y víctimas de la violencia.¹

Se profundiza en el caso de Medellín por ser escenario de complejas dinámicas urbanas, donde la precariedad y el desplazamiento forzado se convirtieron en factores determinantes de los procesos de poblamiento de las periferias de la ciudad. Se aborda el periodo 1970-2012, en el que se incrementaron los asentamientos en las partes altas de las laderas de la ciudad, siendo de especial interés algunos nichos territoriales donde convergen procesos de poblamiento que dieron lugar a los barrios, algunos legalizados y otros no: Picachito, María Cano Carambolas, Bello Oriente, Esfuerzos de Paz I y La Honda.

La perspectiva metodológica privilegiada fue la *etnografía de la memoria*,² forma de nombrar el diálogo y la reflexibilidad que se deriva de la reconstrucción de memorias sociales aprehendidas etnográficamente. Se tuvo el cuidado de contextualizar la memoria a partir de distintos sujetos, lugares, objetos y registros que hacen parte de ese universo significativo para comprender estas realidades desde la pluralidad y los sentidos compartidos.

¹ Medellín ha sido un caso ejemplar del conflicto armado, pues con solo el 5% de la población del país aportó casi el 15% de los muertos durante el periodo 1980-2007 (Franco *et al.*, 2012).

² A partir de las rupturas epistemológicas de los grandes relatos en las Ciencias Sociales en la década de 1980 hubo una reconfiguración de abordajes conceptuales y metodológicos. Entre estos, la etnografía, campo fértil para activar nuevas miradas, como la llamada *etnografía de los archivos* que busca la resignificación de estos últimos, pasando de ser vistos como reservorios de documentos a espacios sociales (Bastien, 2010). Extiende este debate al escenario de la memoria, usualmente estudiada como narrativa para dimensionarla en contextos significativos con múltiples referentes etnográficos —cuerpos, objetos, espacios—. Aunque esta perspectiva no se ha instituido académicamente existen aportes relevantes en esta dirección (Vergara, 2013; Marín, 2010; Chamorro, 2009).

Se recurrió a fuentes primarias testimoniales, recorridos territoriales, observaciones y revisiones bibliográficas, acervo que estuvo acompañado de debates conceptuales que transversalizaron el proceso investigativo, de los cuales cabe destacar las siguientes nociones: periferias populares, conflicto armado, migración forzada y colonización popular.

Durante las décadas de 1960 y 1970 periferia se comprendía como área distante y dependiente del centro y, en concordancia con la teoría de la dependencia, como máxima expresión de marginalidad territorial. Actualmente se concibe como una nueva espacialidad de carácter policéntrico, con autonomía residencial o productiva, valorada socialmente y habitada por diversas clases sociales (Beuf, 2012). En efecto, los presentes contextos urbanos tienen variadas formas de producción territorial, lo cual no significa que haya terminado la pobreza y la precariedad³ que siguen presentes en estas espacialidades latinoamericanas. Por ello, más que acoger un enfoque específico, se sugiere partir de algunas características generales, como el ser lugares inestables, de rápidos y constantes procesos de cambio en el uso, valor del suelo y espacio edificado (Arteaga, 2005).

Con respecto a lo popular como rasgo distintivo, se alude a las prácticas y subjetividades de sectores precarizados en contextos de relaciones desiguales de poder. Así, por *periferias populares* se comprenden aquellas territorialidades urbanas construidas y transformadas por población empobrecida y marginalizada a través de procesos informales: «Las periferias populares de las metrópolis latinoamericanas nacieron y crecieron como alternativas informales de acceso a la vivienda para los ciudadanos excluidos de los mercados formales» (Beuf, 2012, p. 474).

[151]

En Medellín, el poblamiento masivo de las periferias está íntimamente relacionado con la intensificación del conflicto armado y sus consecuentes *migraciones forzadas*,⁴ flujos poblacionales que reordenaron territorios según intereses de sectores dominantes y actores armados. Pero, ¿qué sucede con los expulsados?, ¿cómo responden ante la condición de precariedad en que se ven abocados? Jacques Aprile-Gnisset (1992) aporta un fértil camino explicativo

³ Precariedad hace alusión a la condición existencial de carencia en múltiples dimensiones —material, simbólica, social— así como la experiencia frente a la misma en diversos contextos sociales (Le Blanc, 2007).

⁴ Se usan los términos migrantes o desplazados forzados para denominar a las personas obligadas a escapar de sus hogares debido a la expulsión directa o indirecta de un territorio determinado.

con la categoría de *colonización popular* como estrategia de resistencia de los migrantes de la guerra en Colombia, quienes colonizan tierras despreciadas o consideradas baldías. El texto profundiza en la colonización popular de las periferias de Medellín con el fin de ampliar el horizonte de comprensión de la urbanización informal en contextos contemporáneos.⁵

1. Dinámicas de urbanización en Medellín

Las ciudades se expanden y se transforman incesantemente. Es una dinámica propia del capitalismo y la modernización como modelo social que este instaura, como lo señala José Luis Romero (1984) para América Latina: «Desde 1880, muchas “ciudades” latinoamericanas comenzaron a experimentar nuevos cambios, esta vez no sólo en su estructura social, sino también en su fisonomía [...] Ellas propias tuvieron la sensación de la magnitud del cambio que promovían, embriagadas por el vértigo de lo que se llamaba progreso» (p. 247).

[152] Medellín es un caso revelador de este proceso, con algunas singularidades que ayudan a revisar el fenómeno de la urbanización y las problemáticas sociales asociadas a esta. El crecimiento industrial atrajo a cientos de familias campesinas en busca de opciones laborales, dando origen a los llamados barrios obreros: «Las empresas más grandes como la Fábrica de Tejidos de Bello, Rosellón en Envigado, Fabricato en Bello y Coltejer en Itaguí, construyeron o fomentaron en combinación con el Estado la construcción de barrios o viviendas para sus obreros, en cercanías a sus factorías» (Botero, 1996, p. 357).

Pero esta dinámica poblacional motivada por el fenómeno de la industrialización cambió vertiginosamente con el periodo de la Violencia (1946-1966) que azotó las zonas rurales del país, causando el destierro de miles de campesinos que se refugiaron en las ciudades. Para el caso de Medellín se verifica un crecimiento masivo, pasando de 168 300 habitantes en 1938 a 1 151 762 en 1973, con «la llegada de pobladores que son expulsados

⁵ El fenómeno de la urbanización informal de las periferias en ciudades latinoamericanas ha cobrado un renovado interés académico por su magnitud, por las nuevas dinámicas e intereses en disputa. Se destacan tres enfoques (Beuf y Duque, 2012): estudios sobre la segregación y privatización de la ciudad (Beuf, 2012; Hernández, 2012; Poupeau, 2012; Naranjo, 2004; Gómez y Ramírez, 2011; Arteaga, 2005); estudios sobre vivienda y su acceso a población de bajos recursos (Jacquin, 2012; Camargo y Hurtado, 2012; Torres, 2012); y estudios focalizados en riesgos y vulnerabilidad de las periferias (Sierra y Ortiz, 2012).

del campo por la violencia, la pobreza y la problemática agraria» (Coupé, 1996, p. 563).

En busca de comprensión de este fenómeno, propongo una lectura de larga duración de la configuración socioespacial de la ciudad que contemple los siguientes ejes: a) la guerra como estrategia de poder usada por las élites; b) el territorio como objeto de disputa; c) la expropiación y expulsión de poblaciones como dispositivos de control sociopolíticos; y d) los procesos de colonización como formas de resistencia social (Aprile-Gnisset, 1992). Modelo que opera como ciclo de reordenamiento territorial desde la época de la Violencia, siguiendo la ecuación conflicto armado–migración forzada–colonización (Aprile-Gnisset, 1992; Sánchez, 2012) y afectando contextos rurales y urbanos, cuyas dinámicas socioespaciales se imbrican.

Los campesinos expulsados por el conflicto armado de mediados del siglo xx fueron concomitados a una condición de precariedad existencial, expulsados hacia las ciudades que no estaban dotadas para recibir tal volumen de migrantes. El crecimiento desbordado de las ciudades impidió resolver las necesidades de los nuevos habitantes, profundizando problemáticas sociales aún vigentes, como la carencia de empleo, la pobreza, la delincuencia, la falta de viviendas con servicios básicos y, en general, la carencia de condiciones de vida dignas (Coupé, 1996).

[153]

Estas circunstancias fueron caldo de cultivo para los procesos de urbanización popular de las periferias a través de tomas de tierra y loteos por parte de particulares legales e ilegales, parcelando las grandes fincas que circundaban el perímetro urbano de Medellín.⁶ Se configura así un modelo de poblamiento recurrente en estos contextos: migrantes rurales y pobres históricos que colonizaron territorios urbano-rurales haciendo uso de formas colectivas de solidaridad y autoconstrucción.

Aunque la ciudad mantuvo un ritmo de crecimiento estable en las siguientes décadas —1970-1980— pasando de 1 077 000 habitantes en 1973 a 1 630 000 en 1993 (DANE, s. f.), disminuyó en relación al anterior periodo. Se perdió el dinamismo industrial y bajó la intensidad de la confrontación armada.

⁶ Desde inicios del siglo xx Medellín creció sobre las fincas de familias acaudaladas como los Cock Bayer e hijos, Gabriel Sanín, Domingo Agudelo, los Villa, los Restrepo, los Ramírez Jons, los Arango; muchas de los cuales crearon sociedades urbanizadoras (Coupé, 1993).

Sin embargo, continuaron las migraciones forzadas escalonadas de distintos lugares, «especialmente de las zonas rurales y urbanas donde se presentan conflictos armados, mayor tecnificación del campo y/o [sic] concentración de la tierra, como Urabá, el Noreste y el Magdalena Medio» (Coupé, 1996, p. 568). También continuó el flujo poblacional de los pueblerinos en busca de mejores oportunidades de empleo y educación, que desde la década de 1940 fue relevante en Medellín (Ramírez y León, 2014).

El conflicto armado durante la década de 1970 siguió centrado en la disputa territorial rural entre guerrillas, actores armados privados que defendían los intereses de las élites agrarias y la fuerza pública. Pero, desde la década de 1980 esta dinámica cambió, el conflicto armado se urbanizó con la expansión de la guerra política nacional y la confluencia de distintas violencias; la ciudad dejó de ser un escenario para convertirse en un objetivo geoestratégico, es decir, un espacio de disputa donde distintos actores armados buscaron imponer órdenes alternos (Naranjo, 2004). En Medellín adquirieron poder grupos armados irregulares como las milicias populares,⁷ se robustecieron las bandas criminales y se expandió el fenómeno del narcotráfico, panorama que llevó al recrudecimiento de la violencia urbana: «Asesinatos, bombas, masacres, fueron un acontecimiento común y cotidiano en cualquier calle o barrio de la ciudad» (Naranjo, Hurtado y Peralta, 2003, p. 185). Este flagelo se concentró en las periferias con las prácticas sistemáticas de violencia que afectaron los procesos de poblamiento popular, pues el acceso, ocupación y movilidad en estos territorios fueron condicionados por las lógicas de los actores armados.

[154]

La otra fase de poblamiento popular significativa en la ciudad ocurrió desde mediados de la década de 1990 hasta finales de la del 2000, pasando de 1 630 000 habitantes en 1993 a 2 706 000 en 2011 (DANE, s. f.). Durante este lapso, el conflicto armado se agudizó, siendo los paramilitares⁸ los principales agentes perpetuadores, disputando el control territorial con las guerrillas, milicias y bandas delincuenciales. Los paramilitares se impusieron en muchas regiones, apoderándose de tierras y bienes de los pobladores. Usaron medios

⁷ Grupos armados creados o influenciados por organizaciones guerrilleras que hicieron parte del cambio de estrategia de valorizar el trabajo de masas como parte de la lucha por el poder. Cumplieron funciones de brindar seguridad, cuidar fronteras, regular la vida social y aplicar justicia (Gil, 2009).

⁸ Grupos armados ilegales que combaten a la insurgencia y a la población civil de zonas disputadas. Surgieron en la década de 1980 bajo el auspicio de narcotraficantes, élites económicas y el apoyo expreso o tácito de la fuerza pública (Gil, 2009).

extremos de violencia provocando migraciones forzadas masivas en el país con profundos impactos en las zonas rurales disputadas y en ciudades como Medellín, que se convirtieron en lugares de refugio (Gil, 2009).

Antioquia se tornó la región con mayor cantidad de población refugiada y desplazada del país, «con un 16,05% y un 13,90% respectivamente, entre 1995 y octubre de 2007» (Jaramillo, 2008, p. 130). Como sucedió durante la Violencia, cuando la coyuntura política «fue aprovechada por mayordomos, negociantes y políticos locales, apoyados en los grupos paramilitares, para efectuar mediante amenazas y asesinatos el despojo de fincas y la manipulación del negocio de cosechas de café y ganado [...]» (Palacios, 1995, p. 233), en este periodo también se vivió el despojo de los pobladores con un claro trasfondo económico; así como se constata en Urabá, donde «el despojo y el apoderamiento de estas [tierras] por parte de grupos paramilitares para destinarlas a la siembra y explotación de palma africana, y como un corredor estratégico para el negocio del narcotráfico y el contrabando de armas» (Jaramillo, 2008, p. 135), y las otras subregiones del Departamento según sus potencialidades económicas.

Esta situación se complejiza a inicios de la década del 2000 con un fenómeno desconocido hasta entonces: la migración forzada intraurbana. En Medellín hubo varios desplazamientos masivos causados por paramilitares y la fuerza pública. Desplazar y repoblar se convirtió en una estrategia político-militar para mantener la hegemonía territorial en las ciudades «[...] a través de la expulsión, los actores armados acceden al uso de los inmuebles y a la construcción de nuevas simpatías o alianzas con las personas que se traen o mantienen dentro de los barrios» (Atehortúa, 2009, p.104). Nuevamente, los más afectados fueron los pobladores de las periferias, pues la mayoría de operativos militares —Orión, Mariscal, Estrella Seis— se realizaron en estos territorios, revelando que las ciudades ya no son aquellos lugares seguros que ofrecían refugio (Sánchez, 2008).

Junto a la expulsión poblacional por la violencia, se suman las obras de transformación urbana, especialmente el megaproyecto Jardín Circunvalar iniciado por la Alcaldía de Medellín en 2013, que busca proteger la frontera urbano-rural con espacios verdes recreacionales, desconociendo los procesos históricos de poblamiento de las periferias y generando nuevas formas de expulsión a estos habitantes que llevan un largo proceso de éxodo (Carrillo y Quintero, 2016).

[155]

2. Barrios de periferia

La existencia de miles de migrantes y pobres que han poblado y construido la ciudad pasa desapercibida; sus rastros apenas aparecen en estadísticas, en algunos pasajes o anécdotas. De ahí la relevancia de reconstruir memorias de esas otras ciudades que habitan Medellín, de recobrar las huellas indelebles de su existencia, de sujetos y colectivos que poblaron y levantaron del lodo casas, calles, escuelas... barrios. Poblamiento popular de las periferias visto a partir de una unidad socioespacial significativa para sus moradores: el barrio,⁹ como microterritorio donde los sujetos desarrollan buena parte de sus vidas.

2.1 Poblamiento

[156]

En el transcurso de las décadas de 1970-1980 se produjo una significativa ampliación de los límites urbanos. La ciudad se expandió hacia las laderas de las montañas circundantes, territorios de propiedad de familias acaudaladas que se volvieron objeto de ocupación y disputa por parte de sectores populares. Como se constata en María Cano Carambolas, cuya propietaria, Dolores Restrepo Arango tenía un «terreno extenso que cubría desde la antigua vía a Guarne pasando por San José de la Cima hasta los límites con Santa Elena» (Rengifo *et al.*, 2016, p. 11); o las tierras de la familia Cock que albergaban el barrio Versalles N.º 2; o la propiedad de Darío Restrepo en Bello Oriente; o el terreno de Domingo Antonio Agudelo en Picachito.

Aunque el conflicto armado no apareció como causa directa de poblamiento, no significa que la guerra hubiera estado ausente, pues los contingentes de pobres y destechados provenían, en gran parte, de migraciones forzadas de zonas rurales de la época de la Violencia. La ciudad acumuló problemas crónicos de vivienda y hábitat que repercutieron en estas décadas y las siguientes: «[...] las élites socioeconómicas y políticas de la ciudad [generaron] un proyecto en el que de manera calculada la marginalidad se transforma poco a poco en exclusión o forma activa de negación para las grandes mayorías» (Granda, Mejía y Londoño, 1997, p. 78).

Las periferias se convirtieron en territorios de refugio, pobladas con familias provenientes, inicialmente, de barrios circundantes y municipios

⁹ Existe un importante acervo documental sobre la historia de los barrios contada por sus pobladores gracias a los concursos «Escriba la historia de su barrio» realizados en 1986, 1989 y 1994 por la Alcaldía de Medellín. Los aportes académicos son más escasos (Correa, 2006; Hernández, 2003; Botero, 1996).

cercanos, muchos con trayectorias previas de migración inter o intraurbanas. A esa condición itinerante de andar con la vida a cuestras, los pobladores la denominan *rodar* (Sánchez, 2008).

Vinimos de Yolombó, llegamos al barrio Prado, ya empezamos a rodar a rodar, después vivimos un tiempo en Castilla, y de allá pa'ca [...] me dio mucho desconsuelo porque nos sacaron de donde vivíamos, el marido mío se atrasó con el arriendo, entonces una familiar de una de las hijas mías me ofreció aquí [un lote] (Rengifo et al., 2016, p. 17).

Las rutas migratorias hacia las periferias están cargadas de sufrimientos, experiencias y saberes. Necesitan vivir y conocer la ciudad, entrar en circuitos de información, donde resalta el papel desempeñado por las redes sociales de conocidos, amigos o familiares que los apoyan. Luego de llegar se topan con el problema de la posesión efectiva del inmueble, campo de disputa que, en este caso, se centró entre los dueños de las fincas y los destechados.

Las modalidades de asentamiento fueron el *loteo* o la *invasión*. La primera consiste en la parcelación de grandes propiedades territoriales para su venta, realizada de manera irregular por sus dueños o intermediarios que vieron ante la creciente demanda de los sectores populares una oportunidad para hacer un negocio rentable, así nacieron las urbanizadoras *piratas* que hicieron el proceso de división y venta de «[...] parcelas a crédito y en forma individual, mediante contrato, sin cumplir con ciertas normas de urbanización vigentes a nivel nacional y/o [sic] municipal, especialmente en materia de infraestructura» (Coupé, 1993, p. 7). Este fue el caso de la familia Agudelo, que en 1976 fundó la sociedad «El Picachito Agudelo Muñoz [...] que da origen al barrio Picachito, la cual, pese a las irregularidades presentadas, estuvo activa hasta el año 2010» (Pérez, Marín, Posada y Cadavid, 2016, p. 8).

La segunda es cuando un grupo de personas se asienta en un terreno baldío, entrando en conflicto con sus propietarios y la fuerza pública que los reprime. Generalmente, esta forma está ligada a procesos organizativos influenciados por movimientos sociales, populares o militancias de izquierda.

Los de Provivienda¹⁰ subieron con una gallada como de 25 o 30 familias [...] entre esos hay unos todavía acá en el barrio. Con ellos estábamos haciendo unas reuniones en La Esperanza, nos daban unas

¹⁰ Organización social de destechados creada en 1959 por militantes comunistas, que contribuyó al proceso de urbanización popular con 500 barrios fundados en 120 municipios (Naranjo, M., 2014).

charlas y nos enseñaban a cómo no dejarnos sacar de los ranchos. Y sí señor, hasta el sol de hoy, de 1974 a esta fecha tenemos el tiempo vivido acá (Rengifo *et al.*, 2016, p. 11).

También hay variantes en estas formas de asentamiento que combinan invasiones individuales, colectivas, loteos, reventas; como el caso de Bello Oriente, cuyo dueño, después de momentos de forcejeo, violencia y diálogo, cede su propiedad a los ocupantes del barrio, generándose especulación por parte de algunos habitantes:

El dueño de esa montaña en la primera invasión mandó a quemar todo. Cuando ocurrió la segunda, Orlando logró dar con su oficina y le habló de la necesidad de esas personas y él dijo: «váyase tranquilo que yo no voy a mandar a desalojar esa gente», y eso fue cierto [...] luego muchas personas hicieron negocio [...] los *avivatos* comienzan a vender (F. Valencia, comunicación personal, marzo 9, 2012).

[158]

Durante el periodo de 1995-2012 se intensificó el poblamiento de las periferias debido al recrudecimiento del conflicto armado. Las trayectorias de poblamiento siguieron siendo similares a las descritas, la diferencia consistió en el uso de la extrema violencia contra las poblaciones que causó migraciones súbitas y masivas. A Medellín arribaron miles de desterrados de zonas rurales «donde las guerrillas y los paramilitares iniciaban una larga y cruenta disputa por territorios, recursos y control de la población» (Sánchez, 2008, p. 168).

Los nuevos migrantes se insertaron en la ciudad «en calidad de pobres absolutos [...] produciendo una suerte de expansión, ampliación y densificación de la Ciudad hacia su periferia. Se están instalando en lo que se ha llamado la periferia de la periferia» (Naranjo, Hurtado y Peralta, 2003, p. 158). Los barrios recién fundados crecieron notoriamente:

El sector San José nace en 1997 a partir de un desplazamiento de una comunidad afro, que venían de Urrao, de Mandeyes, del Chocó. Ellos estaban en una escuela que se llama San José del Pinar, en Bello. Entonces Manuel Burgos, promotor de la educación en esta zona, invita a la población a este barrio (A. Uribe, comunicación personal, Bello Oriente, marzo 4, 2012).

También surgieron nuevos asentamientos en la franja alta de la periferia con población desplazada, es el caso de los barrios Esfuerzos de Paz 1 y La Honda, aún sin legalizarse. Las formas de llegada y acceso al territorio son

parecidas a las analizadas, sin embargo, apareció una nueva modalidad en virtud de la dramática situación de esta población: la compra o donación de terrenos por parte de organizaciones sociales y particulares:

Un señor donó un lote, y como éramos tantos (70) y salieron 25 lotes, los iban a rifar, me dijeron: «¡suba! *mija* a ver si de pronto corona». Fue un tal José Luis, pero el lote no era de él sino de una tía que era evangélica y dijo qué pesar, que ella ya no necesitaba esto, que lo donaba (M. Benítez, comunicación personal, La Honda, marzo 7, 2012).

2.2 Urbanización popular

Después de superar el primer momento de llegada y asentamiento en el territorio, que no estuvo exento de dificultades y tensiones debido al problema de la propiedad sobre la tierra, sorteadas de múltiples maneras como negociaciones, donaciones, créditos a cuenta gota, entre otros, los nuevos pobladores comenzaron la titánica labor de construir sus viviendas, las zonas colectivas y los equipamientos necesarios para poder habitar estos espacios agrestes. Son procesos de autoconstrucción que acopian saberes previos, despliegan estrategias de gestión y acción, y configuran lazos de solidaridad y organización comunitaria para poder emprender estos proyectos de grande exigencia bajo condiciones de precariedad.

[159]

La urbanización popular es un proceso de lucha y resistencia de los sectores subalternos de origen campesino y urbano ante las múltiples formas de exclusión, violencia y destierro, vividas a lo largo de varias generaciones en contextos de desigualdad social y conflictos armados. En su mayoría, hacen parte de ciclos de destierro de zonas campesinas, cuya lógica de sobrevivencia se recrea en las ciudades, como también de desplazamientos intraurbanos que dejan muchos aprendizajes.

Entonces, lo que parece fragilidad puede convertirse en potencia, pues las duras historias de vida de estos pobladores urbanos les proporcionan recursos simbólicos y sociales que activan ante las situaciones de dificultad que atraviesan como, por ejemplo, la memoria de procesos organizativos: «La lucha anterior de los colonos pioneros contra los latifundistas en el campo migró junto con ellos a la ciudad. Los antiguos grupos de líderes campesinos que defendían sus tierras colonizadas se convirtieron en líderes de los *destechados*» (Sánchez, 2012, p. 64). O el poder de los idearios construidos

al calor de las luchas: «La apropiación que hicieron de la ciudad contó con un ideario cultural forjado en una mentalidad de autoconstructores, con prácticas de ayuda mutua y solidaridad» (Naranjo, Hurtado y Peralta, 2003, p. 144). O el desarrollo de capacidades creativas y recursivas ante las limitaciones del entorno: «una población que [...] había logrado construir la mayor extensión del territorio citadino en las peores condiciones de infraestructura, pero aun así mostraba el potencial creativo en lo constructivo y estético» (Viviescas, 1989 citado en Sánchez, 2012, p. 68).

La urbanización popular pasó por varias fases, comenzaron con el desmonte y preparación del terreno, luego levantaron los *ranchos*, que son las primeras viviendas hechas con tablas y plástico, y paulatinamente, con mucho esfuerzo y sacrificio, compraron hojas de zinc para los techos y ladrillos que fueron pegando para hacer las paredes. Así surgieron casas de variados estilos que se unen con las de los vecinos a través del laberinto de escalas.

Lo primero fue quitar toda la maleza y cuando el lote estuvo limpio, comenzamos con pica y pala a trabajar haciendo el banqueo para dejar plano el terreno. Así se hizo el cuadrado en tablas para vivir. Fuimos comprando adobes y los guardábamos; cada vez que teníamos dinero se compraban la arena y el triturado, y lo íbamos subiendo. Cuando veíamos que teníamos como pa' un muro, lo hacíamos, y se volvía a guardar... eso fue así durante unos siete años (Pérez et al., 2016, p. 10).

Los procesos de autoconstrucción de vivienda se convirtieron en la posibilidad de tener un lugar propio como estrategia de sobrevivencia de sectores empobrecidos de la ciudad, sin apoyos institucionales, técnicos o financieros, que los lleva a «largos y desgastantes procesos, que pueden llegar a significar la espera de toda la vida de las familias; incluso, pasando el largo proceso inacabado a los hijos y nietos» (Arguello, Arguelles y Badillo, 2012, p. 4).

También vinieron otras necesidades fundamentales para la vida: el acceso a los servicios públicos domiciliarios: agua, alcantarillado y luz. En el proceso de resolver estas carencias se fueron creando lazos sociales y formas de organización comunitaria que les permitieron apoyarse mutuamente y alivianar el peso de la precariedad. El agua fue el bien máspreciado desde que iniciaron los asentamientos en estos barrios. Al comienzo, debían ir a buscarla a las partes altas de los cerros, como en el barrio Picachito, que

iban hasta «la quebrada La Minita [...] la traían en baldes y la rentabilizaban para las múltiples necesidades» (Pérez *et al.*, 2016, p. 18); o en La Honda, La Cruz y Bello Oriente, que debían ir hasta las quebradas la Tebaida, la Raizala y La Honda que surcan este territorio: «ir a lavar era un paseo, se iba contando de dónde se venía, porqué se vino, cómo se llamaba, por eso, en este tiempo, nos conocíamos todos» (M. Benítez, comunicación personal, La Honda, marzo 7, 2012).

Posteriormente, se organizaron para construir tanques de almacenamiento del agua y distribuirla por mangueras a las casas. Así nacieron los comités *proagua*, los convites para los trabajos y los fontaneros para hacer mantenimiento y controlar el manejo del recurso. El agua se convirtió, entonces, en un elemento transversal y articulador de las relaciones sociales en estos territorios, pues a través de las formas organizativas que se crearon para lograr acceso a este líquido y mantener el control sobre el mismo, se tejieron vínculos entre sujetos inmersos en esta problemática común (González y Carrascal, 2012).

Es importante ahondar sobre esta cuestión, pues las necesidades colectivas como el acceso al agua, esencial para mantener la vida, propician acciones cooperadas, de participación y comprometimiento que construyen el *ethos* social, el sentirse parte de algo más allá de las fronteras individuales. De este modo se desarrollan formas organizadas de manejo de recursos de interés común que, para el caso de estos barrios de periferia, coinciden en los comités como ente regulador articulados a las Juntas de Acción Comunal (JAC), la participación en pleno de la comunidad a través de los *convites* y la creación de figuras intermediarias como el fontanero que funge como administrador comunitario.

[161]

El acceso a la luz también fue objeto de organización y gestión comunitaria, siguiendo un patrón común en los procesos de autoconstrucción: obtienen la energía de barrios vecinos a través de conexiones artesanales, crucetas y cables de alambres que cuelgan como telarañas del cielo: «la luz la cogimos de contrabando de abajo de “*chococito*”. Para eso compramos un cable, un vecino se encaramó en una escalera y con mucho fundamento lo amarró de un poste, luego todos nos pegamos» (Carrillo y Quintero, 2016, p. 23).

Si en algo se puede equiparar la imagen de la colonización popular campesina con la urbana es en el proceso de construcción de vías de acceso.

Entraron abriendo trochas a punta de machete, caminando en medio del lodo y el matorral, cargando todo en las espaldas y a veces a lomo de mula. Comenzaron haciendo los senderos que se volvieron carreteables y después escalas que comunicaran casas y caminos. La construcción de carreteras fue una dura y larga lucha que se consiguió a través de los convites y la gestión de los líderes de las JAC:

El barrio era puro monte, pantano, vivíamos con los zapatos llenos de lodo o amarillos de polvo. Cargábamos un trapito para limpiarlos, pero la suela quedaba untada y cuando salíamos del metro en la estación Hospital, quedaban marcadas nuestras huellas en el piso; era el sendero de los *pati-amarillos* en la ciudad (Maru, comunicación personal, La Cruz, marzo 5, 2012).

Al tiempo que se construían los barrios populares también consolidaba el entramado de relaciones sociales, vecinales y afectivas que sustentaban este proceso comunitario. El tejido social nace en la vida cotidiana de estos territorios a partir de las necesidades esenciales que en condiciones de carencia solo se pueden solucionar por medio de la unión, los acumulados sociohistóricos, las trayectorias de vida y lucha de sus pobladores que enriquecen las estrategias de acción y la solidaridad de muchas personas y organizaciones que llegan a estos territorios.

[162]

La primera forma de integrarse fue *compartiendo*: la recogida de agua, el recorrido por alimentos, los ritos religiosos, la fiesta, la caminata, la fogata, entre otros. Así se forjaron los lazos comunitarios, ese tejido de solidaridades que nutre la organización y que contó con una práctica de vital importancia: el *convite*, un encuentro comunitario para trabajar en la construcción de obras de interés común para el barrio:

Cuando participaban tantas personas en el convite se hacían relaciones interpersonales con gente de otros sectores, cuando estamos el día domingo compartiendo trabajo, construyendo una calle. También montábamos la olla porque era muy importante, después de estar trabajando juntos, compartíamos la comida. Cuando estamos sentados tomándonos el sancocho se van consolidando más las amistades, también creo que eso disminuye el tema de los conflictos a nivel de convivencia (Maru, comunicación personal, La Cruz, marzo 5, 2012).

Otro espacio de fuerte connotación simbólica y social para los habitantes de estos barrios es la escuela, pues en ella se concentra el ideal de futuro, la

posibilidad de progresar, de salir de la condición de precariedad y exclusión. Las escuelas han sido eje de articulación y desarrollo de estos barrios, pues además de su principal función de educar a las nuevas generaciones han servido como centros de encuentro comunitario. Allí se realizaban las reuniones de la JAC, se celebraba misa y se hacían eventos culturales. Muchos maestros también fueron líderes o gestores comunitarios. El origen de estos centros educativos es similar en los barrios estudiados, se construyeron con trabajo comunitario y el voluntariado de profesores. Más adelante, gracias a la gestión de las JAC, consiguieron el apoyo de la secretaría de educación municipal para mejorar las instalaciones, obtener dotación, nombrar maestros en propiedad y oficializar estas instituciones. En la década de 1980 se erigieron los primeros comités de padres de familia y se improvisaron espacios para el funcionamiento de las primeras escuelas en los barrios Picachito, Bello Oriente y María Cano Carambolas, mientras que en 2000 se construyó la institución Gente Unida Luz de Oriente, en La Honda: «Construimos a punta de convites un salón en tablas, no tenía pavimento, ni agua, ni baños, ni luz. Los que iban a enseñar fabricaron unas bancas con tablas para que apoyaran los cuadernos y otras más pequeñas para sentarse, para el tablero utilizaron un triple» (D. Yepes, comunicación personal, Bello Oriente, marzo 9, 2012).

El proceso organizativo de estos barrios se fortaleció con la reflexión conjunta, el ejercicio de planeación y la toma de decisiones colectivas, para ello fueron importantes los espacios de reuniones y asambleas barriales, así como las primeras formas organizativas, comités comunitarios para coordinar el desarrollo de las actividades como obras y educación que eran áreas esenciales para las comunidades, y la constitución de las JAC al poco tiempo de formación de la consolidación de estos asentamientos. Estas Juntas cumplieron un papel fundamental en la urbanización de estos barrios como dinamizadoras de procesos comunitarios y como intermediarias con el Estado y otras entidades públicas y privadas, sirviendo, en muchos casos, como medio de ejecución de políticas públicas (Naranjo, Hurtado y Peralta, 2003) y otros intereses particulares.

[163]

2.3 Formación de identidades

Estos barrios tienen una amalgama de estilos, orígenes, expresiones, probablemente en ello radica su riqueza y potencialidad, de recrear nuevas maneras de ser y estar en el territorio. La pluralidad es lo reinante en estos ambientes sociales y en medio de esta se pueden identificar ciertas marcas

identitarias que sobresalen y tensionan el campo de relaciones intersubjetivas, tales como las tradiciones que los pobladores traen consigo de los lugares de migración, destacándose las de origen campesino y afrodescendiente.

La ruralidad ha fungido como matriz de prácticas y significados en estos territorios, por su ubicación en la frontera rururbana con formas de ocupación híbridas, y porque gran parte de sus pobladores son de origen rural, con acumulados de saberes y prácticas de la vida campesina: «Los espacios verdes, que en la mayoría de los casos son patios o espacios traseros, empiezan a ser utilizados para realizar las prácticas a las que los habitantes estaban acostumbrados [...] aunque no es mucho lo que producen genera conexión [con] los espacios y actividades que de una u otra manera les fue [sic] arrebatados» (Hoyos, Marín y Rojas, 2015, p.23).

El componente étnico-racial también ha sido una impronta de singularidad, especialmente a raíz de las migraciones forzadas de finales de la década de 1990 desde zonas como Chocó y Urabá, que tienen una significativa presencia de comunidades afrodescendiente. En la mayoría de los barrios de periferia hay sectores con esta población que sobresale en el paisaje urbano por su estética, formas de vida y cierta segregación que actúa, de parte de las comunidades *afro*, como postura de defensa y de parte de los *no afro* como discriminación: «los negros son libres, niños sin camisa, en pantaloneta, niños que trajinan todo el barrio y el sector y las carreteras como sin Dios y sin ley» (Taller, Bello Oriente, marzo 6, 2012).

También conviven expresiones diferenciadas por otras construcciones identitarias como género, orientación sexual, edad y adscripciones religiosas, políticas e ideológicas. En medio de este universo plural también se recrean y tejen vínculos sociales y simbólicos a partir de la vivencia cotidiana en el territorio, compartir espacios y actividades, ser parte de una comunidad que configura un nosotros y construir proyectos conjuntos. Los rastros de esas identidades barriales se pueden leer en varios ámbitos, por ejemplo, las maneras de reconocerse: «del morro», «los pati-amarillos», «de la ladera»; la memoria colectiva que se despliega en lugares comunes de referencia, eventos memorables o personajes representativos, los intangibles que hacen parte de una forma de ser, signada por la condición de subalternidad y la activación de formas de lucha y resistencia que les ha permitido mantenerse en el territorio, entre otros.

[164]

Por supuesto, estas expresiones colectivas y singulares no están exentas de tensiones. Los barrios son microterritorios donde se configuran campos de disputa para ejercer control sobre el espacio, las poblaciones y los recursos. Se debaten actores, intereses, estilos, valores. Es la ebullición de lo social en juego. Al respecto, cabe mencionar ciertos agentes con papeles relevantes en la vida de estos barrios, como la Iglesia con el proceso de comunidades eclesiales de base, cuya presencia fue trascendental en la consolidación y desarrollo de las periferias populares, influencia que aún perdura en ciertas dinámicas barriales; y las organizaciones sociales que, a través de la educación popular, la recreación y el arte, han propiciado nuevos espacios de interacción y construcción social.

Los actores armados constituyen otro agente de crucial impacto en estos territorios. Con el despliegue del narcotráfico en la década de 1980 los barrios periféricos vivieron el imperio de estas estructuras ilegales, que no solo fueron nuevos ejes de violencia sino una práctica envolvente y socializadora con nuevas formas de ascenso social, valores y estilos de vida (Naranjo, Hurtado y Peralta, 2003, p. 184). En la década de 1990 dominaron las milicias y los paramilitares, que penetraron estos territorios y sus tejidos sociales. Los paramilitares se impusieron, hasta hoy, desplegando un proyecto de control territorial hegemónico, definiendo fronteras, estableciendo tributos, impartiendo justicia e instituyendo patrones de comportamiento (Naranjo, 2004). Actualmente, viven complejas dinámicas territoriales que ponen a prueba la tensión por la sobrevivencia, en medio de muertes y silenciamientos siguen produciendo alternativas e identidades de resistencia, como muestran los diversos colectivos artísticos, culturales, de derechos humanos, de moradores, de paz, de mujeres, de jóvenes, que desde los territorios periféricos demandan su derecho a la ciudad en condiciones dignas.

[165]

Anotaciones finales

Las periferias urbanas han cambiado notoriamente con el tiempo. Históricamente fueron territorios producidos «desde abajo» por los sectores populares excluidos, destechados, empobrecidos (Beuf, 2012). Con el acelerado ritmo de crecimiento urbano desde la década de 1950, las periferias se convirtieron en escenarios de expansión y especulación de las tierras suburbanas. Este desarrollo incontrolado fue configurando ciudades segregadas con marcadas diferencias de sectores urbanos, uno con buenas tierras, pendientes suaves, buen equipamiento, acceso a servicios públicos y

ejes viales, y el otro, lo opuesto: tierras mediocres, pendientes altas, riesgo a derrumbes, mal equipadas, entre otros. Parte de este sector fue urbanizado por proyectos de vivienda popular, pero las partes más altas y agrestes fueron pobladas por contingentes de migrantes y destechados a través de formas informales de autoconstrucción (Aprile-Gnisset, 1992).

El texto describe formas de poblamiento y urbanización de varios barrios periféricos de la ciudad de Medellín durante el periodo 1970-2012. Se constató la lógica de ordenamiento territorial de este país como ciclo de disputa por la tierra donde élites y actores armados despojan poblaciones, forzadas a migrar, *rodar* por múltiples lugares, colonizar las periferias urbanas, ciclo que se complejiza con la urbanización de la guerra a finales de la década de 1990 y que agudizó los desplazamientos inter e intraurbanos.

Se reveló un aspecto que suele ser naturalizado por la forma de nombrar estos procesos con las nociones ilegal-informal versus legal-formal, pero profundizando en estos fenómenos resulta discutible definir que las urbanizaciones populares son del primer orden cuando sus pobladores han sufrido despojos donde pierden sus propiedades, las cuales terminan siendo adjudicadas a quienes de manera ilegal se las arrebatan. También resulta irónico acusar a los desterrados y destechados, sin ayuda institucional, por buscar solucionar con sus propios medios la falta de vivienda, derecho humano esencial. La producción de lo legal versus ilegal, fruto del pensamiento binario occidental, es una dimensión política y simbólica que instituye condiciones desiguales de acceso a la tierra y a la vivienda (Gómez y Ramírez, 2011). Es necesario, por tanto, revisar y descolonizar estos términos.

[166]

La urbanización popular es un proceso solidario de resistencia y organización popular para afrontar las múltiples dificultades que atraviesan los pobres y destechados. En general, sigue un patrón: ocupar un terreno por loteo o invasión, desmontar, levantar los ranchos, buscar el agua y la luz, construir vías y espacios comunitarios. Así surgieron con mucho esfuerzo los barrios populares de la periferia. En el periodo estudiado se identificaron dos dinámicas décadas de 1970 y 1980, cuyo poblamiento fue más pausado y organizado por la baja intensidad del conflicto armado; y entre 1994 y 2012, cuando se produce un poblamiento repentino y abrupto debido al recrudecimiento del conflicto.

Los pobladores de los barrios de la primera fase, pese a las vicisitudes, construyeron identidades colectivas, un sentido de ser y estar en estos

territorios que les ha permitido permanecer. No ha sucedido lo mismo con los nuevos asentamientos como Esfuerzos de Paz 1 o La Calabria en la parte alta de Picachito, creados a finales de la década de 1990, que han padecido múltiples desplazamientos y que ahora viven las arremetidas institucionales que amenazan con desalojarlos bajo el argumento de estar en zonas de alto riesgo, y de la intervención estatal en beneficio del modelo de desarrollo de ciudad que proyecta obras como el Jardín Circunvalar, que consiste en frenar el crecimiento difuso y espontáneo de las periferias con una línea divisoria entre el área rural y urbana por medio de reforestación.

Este hecho evidencia lo que en otras ciudades latinoamericanas y del país, el posicionamiento de un nuevo modelo de urbanidad periférica, donde estos espacios adquieren nuevos usos, sentidos y valores. Se está transformando y complejizando la producción de las periferias populares: «“desde arriba” en espacios tradicionalmente producidos “desde abajo” [son] nuevos espacios de inversión para distintos tipos de actores económicos que apuntan al “potencial de desarrollo” de estos espacios [...] resultado de interacciones entre las recientes grandes inversiones de capital, privado pero también público» (Beuf, 2012, pp. 475-476).

Las obras proyectadas por la administración municipal del Jardín Circunvalar y la conexión vial están encaminadas a un cambio radical de estas territorialidades con un claro interés económico de valorización e inversión en estos lugares, donde el Estado cumple un papel relevante como impulsor del progreso bajo un discurso ambientalista. Aquí nuevamente se repite el ciclo de colonización popular agraria y urbana: cuando los sectores populares han transformado con sus propios esfuerzos las tierras agrestes y despreciadas en espacios habitables con mejoras, son desalojados y sus tierras apropiadas o compradas a precios miserables.

[167]

Referencias bibliográficas

1. Aprile-Gnisset, Jacques. (1992). *La ciudad colombiana. Siglo XIX y siglo XX*. Bogotá, D. C.: Banco Popular.
2. Arteaga, Isabel. (2005). De periferia a ciudad consolidada. Estrategias para la transformación de zonas urbanas marginales. *Bitácora*, 1 (9), pp. 98-111.
3. Arguello, Teresa; Arguelles, Beatriz y Badillo, Rosa. (2012). Características físicas de la vivienda popular en la periferia urbana de Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, México. *Quehacer Científico en Chiapas*, 1 (14), pp. 4-13.

4. Atehortúa, Clara. (2009). Caracterización del desplazamiento forzado intraurbano. Medellín 2000-2004. *Opinión Jurídica*, 8 (16), pp. 99-114.

5. Beuf, Alice. (2012). De las luchas urbanas a las grandes inversiones. La nueva urbanidad periférica de Bogotá. *Bulletin de l'Institut français d'études andines*. 41 (3), pp. 473-501.

6. Beuf, Alice y Duque, Isabel. (2012). Introducción. *Bulletin de l'Institut français d'études andines*. 41 (3), pp. 333-341.

7. Bastien, Bosa. (2010). ¿Un etnógrafo entre los archivos? Propuesta para una especialización de conveniencia. *Revista Colombiana de Antropología*, 46 (2), pp. 497-530.

8. Botero, Fernando. (1996). Barrios populares en Medellín, 1890-1950. En: Melo, Orlando (ed.). *Historia de Medellín. Tomo I* (pp. 353-372). Medellín: Suramericana.

9. Camargo, Angélica y Hurtado, Adriana. (2012). Características de la oferta informal de suelo y vivienda en Bogotá durante la primera década del siglo XXI. *Territorios*, 27, pp. 71-104.

10. Carrillo, Mily y Quintero, Vanesa. (2016). *Memoria barrial: habitando la montaña, todo un esfuerzo de paz*. Medellín: CEO.

11. Correa, John Jaime. (2006). Historia local: el ritmo de la historia barrial. *Revista Virajes*, 8, pp. 203-223.

12. Chamorro, Graciela. (2009). *Decir del cuerpo: historia y etnografía del cuerpo en los pueblos guaraní*. Asunción: Tiempo de Historia, Fondec.

[168]

13. Coupé, Françoise. (1996). Migración y urbanización 1948-1980. En: Melo, Orlando (ed.) *Historia de Medellín. Tomo II*. Medellín: Suramericana.

14. Coupé, Françoise. (1993). *Las urbanizaciones piratas en Medellín: el caso de la familia Cock*. Medellín: Universidad Nacional.

15. Departamento Administrativo Nacional de Estadística (DANE). (s. f.). Estadísticas por tema. Demografía y población. Recuperado de <http://www.dane.gov.co/index.php/estadisticas-por-tema/demografia-y-poblacion>

16. Gil, Max Yuri. (2009). Paramilitarismo y conflicto urbano. Relaciones entre el conflicto político armado nacional y las violencias preexistentes en la ciudad de Medellín 1997-2005. (Tesis inédita de maestría). Universidad de Antioquia, Medellín.

17. Gómez, Tania y Ramírez, Erika. (2011). La construcción de la ciudad de Medellín desde las laderas informales. Tensiones, relaciones liminaridades en la ciudad contemporánea. *Estudios de Derecho*, LXVIII (52), pp. 330-345.

18. Franco, Saúl et al. (2012). Mortalidad por homicidio en Medellín. *Ciência e Saúde Coletiva*, 17 (12), pp. 3209-3218.

19. González, César y Carrascal, Lidys. (2012). *El tejido social del agua*. (Informe inédito de investigación). Universidad de Antioquia, Medellín.

20. Granda, Alberto; Mejía Hernán y Londoño, Carlos. (1997). *Procesos urbanos y de construcción de ciudad. El caso de Medellín*. Medellín: UPB.

21. Hernández, Juan. (2003). La historia de mi barrio. Una lectura de los tres primeros concursos organizados por la Secretaría de Desarrollo Comunitario de Medellín. (Tesis inédita de pregrado). Universidad Nacional, Medellín.

22. Hernández, Jaime. (2012). ¿Pueden los barrios populares contribuir a una estrategia turística y de marca de ciudad? *Anuario Turismo y Sociedad*, XIII, pp. 85-97.

23. Hoyos, Luisa; Marín, Lina y Rojas, Juan Camilo. (2015). De la tierra al asfalto: ¿conservación o transformación de prácticas rurales? (Informe inédito de investigación). Universidad de Antioquia, Medellín.

24. Jacquin, Céline. (2012). Producir y habitar la periferia. Los nuevos conjuntos de vivienda de bajo costo en México. *Bulletin de l'Institut français d'études andines*, 41 (3), pp. 441-471.

25. Jaramillo, Ana. (2008). Desplazamiento interno en Colombia. Desplazamiento intrarregional: entre el destierro y la inserción precaria. En: Riaño, Pilar y Villa, Marta (eds.). *Poniendo Tierra de por medio. Migración forzada de colombianos en Colombia, Ecuador y Canadá* (pp. 130-165). Medellín: Corporación Región.

26. Le Blanc, Guillaume. (2007). *Vidas ordinarias, vidas precarias*. Buenos Aires: Nueva visión.

27. Marín, Maite. (2010). Los objetos y la memoria: pequeña etnografía de un piso en la Barceloneta. *Periferia*, 13, pp. 1-16.

28. Naranjo, Gloria; Hurtado, Deicy y Peralta, Jaime. (2003). *Tras las huellas ciudadanas*. Medellín: Instituto de Estudios Políticos.

29. Naranjo, Gloria. (2004). Ciudades y desplazamiento forzado en Colombia. El «reasantamiento de hecho» y el derecho al restablecimiento en contextos conflictivos de urbanización. En: Bello, Martha (ed.). *Desplazamiento forzado: dinámicas de guerra, exclusión y desarraigo* (pp. 279-310). Bogotá, D. C.: Universidad Nacional.

30. Naranjo, María Elvira. (2014). Provivienda: protagonista de la colonización popular en Colombia. *Historia y Memoria*, 9, pp. 89-118.

31. Palacios, Marco. (1995). *Entre la legitimidad y la violencia. Colombia 1875-1994*. Bogotá, D. C.: Norma.

32. Pérez, Andrea; Marín, Natalia; Posada, Yecci y Cadavid, Claudia. (2016). *El Picachito: memorias de un barrio construido por sus pobladores*. Medellín: CEO.

33. Poupeau, Franck. (2012). A lo largo del camino de la cresta. Una mirada retrospectiva sobre una investigación en las periferias urbanas, El Alto (Bolivia). *Bulletin de l'Institut français d'études andines*, 41 (3), pp. 343-361.

34. Ramírez, Sandra y León, Karim. (2014). Pueblerinos antioqueños em Medellín. La migración pueblo-ciudad a partir de un estudio de caso, 1940-1970. *Estudios Políticos*, 44, pp. 165-187.

35. Romero, José. (1984). *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*. Bogotá, D. C.: Siglo XXI.

36. Rengifo, Claudia; Cárdenas, Óscar; Úsuga, Alejandro y Guzmán, Martha. (2016). *María Cano: un barrio hecho de luchas y carambolas*. Medellín: CEO.

[169]

37. Sánchez, Lina María. (2012). *La ciudad-refugio. Migración forzada y reconfiguración urbana en Colombia*. Barranquilla: Universidad del Norte.

38. Sánchez, Luz. (2008). El desplazamiento forzado intraurbano: negación del derecho a la ciudad. En: Riaño, Pilar y Villa, Marta (eds.). *Poniendo tierra de por medio. Migración forzada de colombianos en Colombia, Ecuador y Canadá* (pp. 166-205). Medellín: Corporación Región.

39. Sierra, Alexis y Ortiz, Daniel. (2012). Las periferias, ¿territorios de incertidumbre? El caso de Pachacútec, Lima-Callao, Perú. *Bulletin de l'Institut français d'études andines*, 41 (3), pp. 343-361.

40. Torres, Carlos. (2012). Legalización de barrios: acción de mejora o mecanismo de viabilización fiscal de la ciudad dual. *Bulletin de l'Institut français d'études andines*, 41 (3), pp. 441-471.

41. Vergara, Figueroa. (2013). *Etnografía de los lugares. Una guía antropológica para estudiar su concreta complejidad*. México, D. F.: Navarra.